

La recepción del pensamiento conservador-radical europeo en España (1913-1930)

Pedro Carlos González Cuevas

UNED

I. Nacionalismo integral y revolución conservadora

La Europa fin-de-siglo fue un período histórico en el que se produjeron los profundos cambios sociales y psicológicos que dieron lugar a una «revolución intelectual» creadora de nuevos fundamentos culturales para el pensamiento europeo. Como señala Stuart Hughes, es en ese momento cuando se definen las rupturas frente a la Ilustración del historicismo culturalista, del irracionalismo, de la estética literaria, etc. Frente a la razón ilustrada, lo irracional resurgía: la razón histórica y vital se manifiesta de nuevo e intenta ajustar cuentas con la razón abstracta hasta entonces reinante ¹. Esta «revolución intelectual» que iba gestándose tuvo, a la larga y en diversos grados y ritmos, importantes consecuencias de orden político a la vez que ideológicas. Los gobernantes y los regímenes liberal-parlamentarios de sus respectivos países fueron perdiendo una parte sustancial de lo que el sociólogo Pierre Bourdieu llama «capital simbólico» ². No sugiero con ello que a finales de siglo los gobernantes europeos hubieran perdido su legitimidad in toto; lo que sí sugiero es que, desde entonces, una forma importante de legitimación estaba perdiendo eficacia.

La crisis tuvo como consecuencia la decadencia de las ideologías políticas tradicionales -conservadurismo y liberalismo-; y el desarro-

¹ H. STUART HUGHES, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*, Madrid, 1972, pp. 25 ss.

² Pierre BOURDIEU, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, 1977, pp. 111 ss.

110 de una gran variedad de direcciones políticas desde la extrema derecha a la extrema izquierda. En el caso de la derecha, la crisis trajo consigo la formulación de un nuevo conservadurismo radical, diferente del antiguo; un conservadurismo laico, en el que la grandeza de la nación, entendida como organismo colectivo, y la crítica a la modernidad, desde una perspectiva inmanente, tuvieron un lugar prioritario. Ello se vio favorecido, además, por el estallido de la Gran Guerra, por el triunfo ulterior de la revolución bolchevique en Rusia y, sobre todo, por el subsiguiente proceso de reconstitución del sistema capitalista experimentado por el conjunto de las naciones europeas. Este proceso condujo a la creación de nuevos marcos institucionales de distribución del poder que implicó un desplazamiento a favor de las fuerzas organizadas de la economía y la sociedad en detrimento de un parlamentarismo cada vez más debilitado. En palabras de Charles S. Maier, la «corporativización» de las sociedades europeas³.

Este nuevo conservadurismo radical halló en Francia su caudillo intelectual en la figura de Charles Maurras, quien, en pleno affaire Dreyfus, en 1899, fue uno de los fundadores de la revista *L'Action Française*, luego convertida en diario y movimiento político. *L'Action Française*, que en un principio sólo recibió el apoyo de un reducido grupo de intelectuales, se convirtió con el tiempo, aunque sin salir de su carácter minoritario, no sólo en vanguardia de la nueva forma de nacionalismo, sino igualmente en centro de convergencia de todos aquellos grupos políticos y sociales que se consideraban amenazados por los procesos de cambio social y político: rentistas, terratenientes, aristocracia rural, notables de provincia, militares, clero católico, etc. El nivel intelectual de la elite maurrasiana fue notable, desde León Daudet hasta Jacques Bainville, pasando por Pierre Gaxotte, Paul Bourget, Pierre Lasserre, Henri Massis, Pierre Gilhert, etc.; y su influencia llegó al joven Maritain, al novelista Bernanos, a Drieu La Rochelle, Proust, Mauriac, Gide, Martin du Gard, incluso a Malraux. Una personalidad tan decisiva como Charles De Gaulle tampoco fue inmune a su influjo⁴.

La influencia de Maurras y su grupo fue, ante todo, intelectual. Su ideología fue una curiosa amalgama de elementos positivistas, por

³ Charles S. MAIER, *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la [Guerra Mundial*, Madrid, 1988, pp. 25 ss.

⁴ Eugen WEBER, *L'Action Française*, París, 1985. François HUGUENIN, *A l'école de L'Action Française. Un siècle de vie intellectuelle*, París, 1998.

un lado, y de las nuevas tendencias vitalistas y voluntaristas finiseculares. Maurras expurgó al positivismo comtiano de todos sus elementos utópicos y progresistas. La humanidad era una abstracción, que debía ser sustituida por la nación; y el progreso una mera «ilusión» sin contenido histórico preciso". Desde el punto de vista maurrasiano, de la observación de los fenómenos sociales surge la idea de que la necesidad natural origina un orden, la desigualdad y la jerarquía. Los supuestos liberales de libertad, igualdad y contrato son meras construcciones de la imaginación. El hecho nacional es un producto de la naturaleza, que no obedece ni a una elección ni a un contrato determinado; es una sociedad natural e histórica, cuyos miembros son tales por el azar del nacimiento. Por ello, el patriotismo es el sentimiento más natural; y es un deber contribuir a la existencia y a la supervivencia de la nación. La nación es el más amplio de los círculos comunitarios en que el individuo halla defensa. Es el círculo terminal de la sociedad temporal. Esta sociedad es anterior al Estado, que no es más que el órgano indispensable de ésta. Su jefe debe ser independiente y, por lo tanto, absoluto, capaz de solucionar las cuestiones que exigen independencia soberana: la diplomacia, el Ejército, las cuestiones de interés general. El jefe del Estado debe seguir el método del «empirismo organizador», basándose en verdades ciertas, resultado del examen de los hechos sociales naturales y del análisis de la historia política. En consecuencia, debe repudiar los principios liberales y democráticos, meras abstracciones, fruto de falsas deducciones inspiradas por las pasiones. El jefe del Estado debe ser, finalmente, un monarca, un rey hereditario. La monarquía era el *nacionalismo integral*, el régimen «natural» para Francia. La República democrática era sinónimo de anarquía e incapaz de defender la nación⁶.

Las tendencias anarquizantes, subjetivistas y cosmopolitas tenían igualmente su campo de desarrollo en la literatura y el arte. La vida política francesa era también el reflejo de las transgresiones románticas de los cánones estéticos del clasicismo grecolatino inherentes a la tradición nacional francesa. El romanticismo, cuyos orígenes se encontraban en el «naturalismo» de Rousseau, significaba el individualismo en el arte. Era la expresión de la rebeldía individual, la afirmación del valor

⁵ Charles MAURRAS, «Auguste Comte», en *Ro(l)lanticis(m) et Revo(l)ution*, París, 1922, pp. 111 ss.; *Mes idées politiques*, París, 1937, pp. 77 ss.

⁶ Charles MAURRAS, *Encuesta sobre la Monarquía*, Madrid, 1935; *Romanticisme et Revo(l)ution*, París, 1922; *Mes idées politiques*, París, 1937.

supremo de la espontaneidad contra la inteligencia que modera y jerarquiza los contenidos de la obra artística. Así pues, el romanticismo llevaba en sí mismo, frente a la preceptiva clasicista, las consecuencias políticas y sociales del liberalismo⁷.

Especial importancia tuvo la relación de Maurras con los medios católicos. Aunque agnóstico y anticristiano, Maurras consideraba al catolicismo como uno de los componentes esenciales de la tradición nacional francesa y, sobre todo, como uno de los baluartes del orden social⁸. Su influencia en los sectores católicos tradicionales llegó a ser muy importante, como lo demostró la condena del grupo democristiano *Le Sillon*, de Marc Sangnier, y las alabanzas de Pío X. Sin embargo, las críticas de los sectores democristianos, denunciando su agnosticismo y su maquiavelismo, hicieron abrir un proceso en Roma, pronunciándose los cardenales del Santo Oficio por la condena de algunas obras de Maurras. Pío X y su sucesor Benedicto XV dejaron de lado la condena, pero no Pío XI, quien en 1926 no dudó en condenar *L'Action Française*, condena que no se levantó hasta 1939. Y de la cual Maurras y su grupo nunca se recuperarían del todo.

Pero no fue Maurras el único profeta del nuevo conservadurismo, ni *L'Action Française* el único grupo intelectual de derecha radical influyente en Europa. Durante la Gran Guerra y, sobre todo, después de ella, se gestó en Alemania un nuevo nacionalismo conservador radical, heredero en su perspectiva ideológica de la crítica finisecular a la ilustración, y que, además, encontró una nueva fuente de legitimación en la experiencia vivida en las trincheras. La denominada *revolución conservadora* englobaba a diversos autores, con frecuencia opuestos en temas y perspectivas filosóficas, pero unidos por el propósito de desanjar nuevos valores para una nueva época, de la que se consideraban intérpretes y profetas. Su punto de partida era la crítica de la modernidad liberal y marxista, pero no se autodefinían, a diferencia de Maurras, como reaccionarios, sino defensores de un nuevo conservadurismo, que no miraba al pasado. Despreciaban tanto la Alemania guillermina como la weimariana. Sus figuras más conocidas eran Oswald Spengler, Carl Schmitt, Werner Sombart, Othmar Spann, Max Scheler, Jacob von Uexküll, etc.⁹.

⁷ Charles MAURRAS, *Romanticisme et Revolution*. París, 1922, pp. \ \ ss.

⁸ Charles MAURRAS, «La politique religieuse», en *La démocratie religieuse*, París, 1978, pp. 225 ss.

⁹ Giorgio LUCCHI y Robert STEUCKERS, *Conservative Revolution. Introducción al nacionalismo radical alemán, 1918-1932*. Valencia, 1990. Pierre BOURDIEU, *La ontología*

Representante del vitalismo irracionalista, la obra de Oswald Spengler se caracteriza por una cosmovisión organicista y cíclica de la historia. Su célebre obra *La decadencia de Occidente* causó un profundo impacto, no sólo en una Alemania recién salida de la Gran Guerra, sino en el conjunto de las naciones europeas. La decadencia de las culturas se llama, en el lenguaje spengleriano, civilización. Ninguna cultura escapa a su destino, que es acabar en civilización; es su «sino». El fenómeno de decadencia simbolizado por la fase de civilización puede durar mucho tiempo y se caracteriza por un período de «barbarie», «sin alma, sin filosofía, sin arte...». En algunos caos, aparece la «segunda religiosidad», que ejerce una especie de fascinación y a veces preanuncia la emergencia de una nueva cultura. La caracteriología spengleriana en torno a los síntomas de la civilización son: «en la Antigüedad, la retórica; en el Occidente, el periodismo; ambos al servicio de esa abstracción que representa el poder de la civilización: el dinero». Con ella, desaparece la lucha por las ideas y surge la lucha por razones económicas. En la vida del Estado aparecen el cesarismo y el imperialismo, «símbolo típico de las postrimerías», estadio final, fase típica que padece el mundo occidental, que se ve acompañada por el «cosmopolitismo» y las megalópolis, las «ciudades universo», síntomas inequívocos del decadencia ¹⁰.

Radicalmente contrario al sistema weimariano, Spengler concretó su proyecto político en una obra posterior, *Prusianismo y socialismo*, publicada en 1920. Allí, Spengler distingue dos tipos de socialismo: el inglés y el prusiano. Marx era un socialista inglés, un materialista imbuido de ideas irrealistas y románticas, un cosmopolita liberal. Por contra, el socialismo prusiano se basa en que el poder pertenece al «todo». El individuo sirve al «todo». El rey es tan sólo el primer funcionario del Estado. Cada uno tiene su lugar; hay órdenes y obediencia. Y esto desde el siglo XVIII, es decir, desde Federico El Grande, ha sido el socialismo prusiano, autoritario y antiliberal, que los alemanes del siglo XX deben actualizar frente al liberalismo británico, la demo-

política de Martin Heidegger, Barcelona, 1961. Jeffrey HERB, *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, 1990. Keith BULLIVANT, «La 1ª Revolución Conservadora», en *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Valencia, 1990. Joaquín ABELLÁN, *Nación y nacionalismo en Alemania. La cuestión alemana: (1815-1990)*, Madrid, 1997. Annli MOHLER, *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*, Stuttgart, 1988.

¹⁰ Oswald SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, dos tomos, Madrid, 1976.

eracia y el bolchevismo. En esta obra de Spengler abundaban igualmente alabanzas a la España del siglo XVI, donde «revive, por última vez, el espíritu gótico de manera grandiosa». «El español se considera como portador de una gran misión. Es soldado o sacerdote. Después, sólo el estilo prusiano ha generado ideal semejante de tanta severidad y resignación» II.

Más importancia política e ideológica tiene la obra de Carl Schmitt. Alemán abierto a la latinidad, tanto es así que escribía su nombre con C y no con K, Schmitt siempre estuvo vinculado a España y a una serie de intelectuales españoles. Como en el caso de Spengler, su obra está caracterizada por su profunda crítica del liberalismo. Su teorización sobre la «decisión» como acto existencial, su concepto de lo político como distinción amigo/enemigo, la noción de «soberano» como aquel que decide sobre el estado de excepción, sus reflexiones sobre las transformaciones sociales y políticas hacia el Estado «total», sus críticas al normativismo de Kelsen y a los supuestos parlamentarios, etc., constituyen el testimonio de esa tensa coyuntura histórica caracterizada por la crisis de las sociedades liberales europeas.

El interés de Schmitt por España vino dado por la figura de Donoso Cortés, cuyas ideas interpretó en sentido «decisionista», no como ius-naturalista católico. Schmitt tampoco veía al extremeño como un representante del romanticismo político. Como Maurras, Schmitt caracterizaba a los románticos como «ocasionalistas», es decir, como subjetivistas, como defensores del culto al «yo» frente a las restricciones de la realidad, para quienes el mundo real tan sólo existe para ofrecer ocasiones al ejercicio de la subjetividad. A diferencia de los románticos, los contrarrevolucionarios genuinos eran capaces de hacer una distinción tajante entre el Bien y el Mal, como creyentes en un Dios providente, que es la categoría antirromántica por excelencia. Así, Schmitt veía en Donoso un espíritu afín. A su juicio, Donoso es un «decisionista» porque, a diferencia de Joseph de Maistre, es capaz, ante el espectáculo de la revolución de 1848, de romper con los planteamientos legitimistas, ofreciendo, no ya una filosofía de la restauración social y política, sino una teoría de la dictadura¹². Y es que, en el fondo, el pensamiento de Schmitt era la expresión de un conservadurismo radical laico, en

¹¹ Oswald SPENGLER, *Prusianismo y socialismo*, Buenos Aires, 1984, pp. 36-37.

¹² Cad SCHMITT, *Romanticismo político*, Milán, 1981; *Donoso Cortés, su pos/(wn en la historia de la filosofía del Estado europeo*, Madrid, 1930; *Interpretación europea de Donoso Cortés*, Madrid, 1963.

el que ya no operaban instancias ideológicas trascendentes. Católico de origen, Schmitt rompió con la Iglesia católica cuando, como resultado de su situación conyugal, fue excomulgado en 1926. Posteriormente, el Partido Católico de Centro lo denunció públicamente a causa de sus puntos de vista extremos sobre política constitucional ¹³. Esta perspectiva inmanente resulta evidente en su concepto de «teología política». Este concepto es utilizado aquí no en el sentido de proponer el retorno a lo premoderno. Su teología política es secularizada. Pero el hecho de conocer que nuestros conceptos políticos fundamentales no son sino versiones más o menos secularizadas de entes teológicos es crucial por varias razones. Este conocimiento relativiza el orgullo ilustrado por los actores políticos, su fútil creencia en el logro de conceptos y constituciones políticas completamente racionalizados. Incluirá para los fanáticos de la razón la advertencia de que «*auclorilas non veritas facit legem*»; conservaría el carácter no racional de la «decisión», que se opone a seguir las normas y las reglas, que pone el énfasis en el carácter fundamental de lo excepcional –la situación de emergencia– y en la que la excepción tiene la misma categoría que el milagro en teología ¹⁴.

Al mismo tiempo, Schmitt desarrolló, en su célebre *Teoría de la Constitución* y en su opúsculo *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, una incisiva crítica a los fundamentos del régimen parlamentario liberal. Para Schmitt, los supuestos básicos del parlamentarismo liberal –equilibrio de poderes, discusión pública, publicidad y representación proporcional– eran ya anacrónicos, dada la evolución de la sociedad y de los sistemas políticos, tras la Gran Guerra. El parlamento había caído en manos de los partidos políticos de masas, que se comportan como grupos de poder social o económico, calculando los intereses en juego y llegando así a compromisos y coaliciones; y ganaban a las masas mediante la propaganda, apelando a las pasiones y no a la razón ¹⁵.

Spengler y Schmitt fueron, entre los representantes de la *revolución conservadora*, los autores más implicados en la cosa pública. Werner Sombart desarrolló una crítica idealista y romántica de la economía liberal y del racionalismo burgués; von Uexkull era un biólogo organicista enemigo del darwinismo; Max Scheler, fenomenólogo en un principio,

¹³ Joseph BENDERSKY, *Carl Schmitt: Theorist for the Reich*, Princeton, 1983, pp. 178-179, 185.

¹⁴ Carl SCHMITT, «Teología política», en *Escritos políticos*, Madrid, 1975, pp. 42 ss.

¹⁵ Carl SCHMITT, *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, 1990, pp. 6 ss.

derivó hacia una cosmovisión panteísta y romántica detractora de los valores burgueses; Othmar Spann, teórico católico del corporativismo y de la sociología «universalista» antiliberal y antiindividualista.

La sociedad española no escapó al signo de los tiempos, ni a la influencia de estas ideas; pero lo hizo en una situación distinta a la de las sociedades francesa y alemana. Su relativo atraso económico y social, su posición subordinada en el marco internacional, la preeminencia de las mentalidades y de las instituciones tradicionales, su bajo nivel de secularización y de «nacionalización de las masas» hicieron que estas ideas, aunque influyentes, quedaran desdibujadas ante la preeminencia del conservadurismo y del tradicionalismo católicos.

II. España: el imposible nacionalismo integral

Los comienzos de la recepción española de los planteamientos maurrasianos pueden datarse, aproximadamente, en el estallido de la Gran Guerra, aunque, como veremos, en Cataluña era conocido con anterioridad, si bien de forma limitada. Ninguna de las obras de Maurras fue traducida al español antes del advenimiento de la II República, salvo su prólogo al libro de Marius André, *El fin del Imperio español en América*, publicado en Barcelona en 1922. Su *Encuesta sobre la Monarquía* fue traducida en 1935; y ocho años después, una semblanza de *Mistral*. Esta ausencia de traducciones no constituyó un obstáculo para su recepción en ciertos sectores de la intelectualidad y de la política españolas, donde el conocimiento del idioma y la influencia del pensamiento francés ha sido siempre muy importante. De hecho, existieron tres focos para esa recepción: el catalán, el madrileño y el vasco.

A) *Maurras y el catalanismo*. El movimiento catalanista surgió, en un principio, como crítica al Estado liberal español. Sus orígenes ideológicos fueron fundamentalmente conservadores, aunque tampoco faltaron catalanistas liberales, como Valentín Almirall. Durante el affaire Dreyfus, catalanistas como Prat de la Riba o Narcís Verdaguer i Caúís mantuvieron una postura antidreyfusard. Y su órgano de expresión, *La Veu de Catalunya*, tradujo artículos de Maurras y Barrés como defensores del regionalismo frente al centralismo jacobino¹⁶. De hecho, Prat de

¹⁶ Joaquim COLI. I AMARGÓS, *El catalanisme conservador davant l'afair Dreyfus. 1894-1906*, Barcelona, 1994, pp. 51 ss.

la Riba tuvo una formación intelectual análoga a la de Maurras: un Comte totalmente expurgado de sus tendencias humanistas e ilustradas, Joseph de Maistre, Renan y Taine. No en vano fue presentado como el teórico de «la concepción integral del nacionalismo», del «catalanismo integral»: antiliberalismo, corporativismo e imperialismo¹⁷. Para el desarrollo de su proyecto político, Prat encontró en Eugenio D'Ors a su más dotado y lúcido colaborador intelectual. Y es a D'Ors a quien corresponde la introducción en tierras españolas de la mayoría de los temas y postulados del nacionalismo integral maurrasiano. D'Ors fue el máximo teorizante del movimiento *Noucentista* opuesto al *modernismo*, y que es inseparable de la influencia de Maurras. D'Ors había vivido en París, como becario; y tuvo oportunidad de entablar contactos con miembros de *L'Action Française*. *Noucentismo* equivalía a clasicismo, es decir, a orden, claridad, racionalidad frente al irracionalismo romántico y modernista, heredero de Rousseau¹⁸. En ese sentido, la máxima aportación d'orsiana al proyecto catalanista fue su definición de lo catalán, a través de su célebre obra *La Bien Plantada*, muy influida por *El jardín de Berenice*, de Mauricio Barrés, y por *La invocación a Miner/ta*, de Maurras. D'Ors presentó a Teresa, *La Bien Plantada*, como el símbolo de la tradición catalana: razón, límite, «detalles exactos», orden y armonía¹⁹. Como en el caso de Prat de la Riba, el proyecto *noucentista* culminaba en la idea de Imperio, presentada como antítesis del liberalismo y la democracia. El Imperio significaba «la Socialización, el Estatismo, el Estado educacional, la Ciudad, la idea de expansión de los pueblos, la Justicia Social, la lucha por la Ética y la Cultura»; mientras el que el liberalismo representaba «el individualismo atomístico, el localismo, la libre concurrencia»; y la democracia, «la ideología revolucionaria de los instintos de la burguesía»²⁰.

Muerto Prat de la Riba en 1917, D'Ors cayó en desgracia ante el nuevo director de la Mancomunidad, Josep Puig i Cadafach, iniciándose una amplia operación de acoso, que terminó con su abandono de los cargos de la entidad autónoma y, finalmente, con su marcha

¹⁷ Altollío ROVIRA i VIRGILI, *Prat de la Riba*, Barcelona, 1968, pp. 148 y 101. JAUME BOFILL i MATEU, *Prat de la Riba y la cultura catalana*, Barcelona, 1979, pp. 31 ss. JONLI SOLÉ TURA, *Catalanismo y revolución burguesa*, Madrid, 1974. ENRIE JARDÍ, *Les doctrines jurídiques, polítiques et socials d'Enric Prat de la Riba*, Barcelona, 1974.

¹⁸ Eugeni D'ORS, *Glosari*, Barcelona, 1982, pp. 31, 141-142 ss.

¹⁹ Eugenio D'ORS, *La Bien Plantada*, Barcelona, 1982, pp. 51 ss.

²⁰ Eugeni D'ORS, *Glosari*, Barcelona, 1982, pp. 01, 125 ss.

de Cataluña. Ello no comportó un cambio cualitativo en su pensamiento político, ni en su admiración por Maurras. Ya en Madrid, D'Ors comenzó a colaborar en los dos diarios emblemáticos de la derecha nacional, *ABE* y *El Debate*, convirtiéndose, de hecho, en uno de los puntales del pensamiento conservador español. Significativamente, Teresa, *La Bien Plantada*, dejó paso, años después, a Isabel La Católica, como arquetipo de la nación y de la tradición españolas, a semejanza de Juana de Arco, para el nacionalismo francés²¹. D'Ors siguió expresando su admiración por Maurras, aunque criticó su nacionalismo exasperado y su positivismo. Maurras continuaba siendo el «anti-Voltaire». Gracias a su amistad con el maurrasiano León Daudet, su libro *Tres horas en el Museo del Prado* fue difundido en Francia. De hecho, algunos de los principios de su *Política de Misión*, una suerte de despotismo ilustrado, tuvieron una acusada impronta maurrasiana: «La mejor norma de selección es la jerarquía corporativa o hereditaria. La mejor condición para la Autoridad, es la unidad de mando»²².

Pero la impronta d'orsiana y maurrasiana no desapareció por ello de la sociedad catalana. Discípulos suyos fueron Joan Estelrich, Jaume Bofill, Josep Vicens Foix, Josep Carbonell, etc., todos ellos maurrasianos fervientes. Como Maurras, Estelrich, consideraba la nación como una realidad natural; era «lo concreto humano», el principio clásico por excelencia. Lo cual enlazaba con su crítica al romanticismo, como «enfermedad, desviación»²³. No muy distintas eran las formulaciones de Jaume Bofill, con su defensa del clasicismo y de la concepción orgánica de la nación²⁴. Fundadores de las revistas *Monitor* y *L'Ami dels Arts*, Foix y Carbonell fueron dos representantes del catalanismo radical y secesionista, incondicionales del D'Ors catalanista y de Maurras, así como del fascismo italiano. Su proyecto político, en el que también se propugnaba una reforma estética a través de los cánones clásicos,

²¹ Eugenio D'ORS, *Vida de Fernando e Isabel*, Barcelona, 1982, pp. 29 ss.

²² Elgillio D'ORS, *Nuevo Glosario*, t. II, Madrid, 1947, pp. 348 ss., 574 ss. Prólogo a Oliveira Salazar. *El hombre y la obra*, de Antonio Ferro, Madrid, 1935, pp. XIV ss.; *Nuevo Glosario*, t. III, Madrid, 1949, pp. 120 ss.

²³ Joan ESTELRICH, *Fenix o l'espirit de renaixença*, Barcelona, 1934, pp. 86 ss.; *Catalunya endins*, Barcelona, 1930, pp. 27 ss.; *Catalanismo y Reforma Hispánica*, Barcelona, 1932, pp. 87 ss.

²⁴ Jaume BOFILL, «Clasificació Nacional», en *L'Altra Concordia i altres textos sobre el catalanisme*, Barcelona, 1983, pp. 3 ss.

no era sino una renovación, en sentido extremista, de los planteamientos de Prat y D'Ors: Cataluña-nación, Federación e Imperio²⁵.

Foix entró en polémica con el escritor Josep Pla, quien consideraba la influencia maurrasiana perjudicial para el catalanismo. No obstante, esta valoración negativa se vio pronto matizada por una indisimulada afinidad ideológica y estética con diversos aspectos del nacionalismo integral. Para el escritor ampurdanés, que llegó a conocer personalmente a Maurras, *L'Action Française* fue «la oposición más razonada, implacable, cruel e injusta que tuvo la III República»; además, se trataba de un «auténtico fenómeno periodístico» y un movimiento intelectual perfectamente organizado. Por otra parte, Pla admiraba a Maurras como escritor y como teórico del clasicismo. El clasicismo reflejaba la realidad tal cual era, mientras que el romanticismo era tan sólo el producto de un individualismo antisocial y anárquico²⁶.

Otro escritor catalán seducido por el clasicismo maurrasiano fue Josep María Junoy i Muns, poeta, periodista y dibujante. Junoy tuvo ocasión de conocer personalmente al escritor francés en París. Para él, Maurras era «El Gran Latino», «el pensador actual de la Mediterraneidad por excelencia». Y, en algún momento, juzgó que sus ideas políticas, como ya había pensado Foix, podían servir para robustecer el nacionalismo catalán frente a los «metecos» y «catalanes desnacionalizados»²⁷.

B) *Maurras en Madrid: La crisis del conservadurismo*. En el resLo de España, el interés por las ideas maurrasianas fue consecuencia, en parte, de la crisis ideológica y política del conservadurismo dinástico, a partir de la disidencia maurista de 1913. El estallido de la Gran Guerra coincidió, pues, con la percepción de que el régimen de la Restauración había dado de sí cuanto podía y que era necesario dotar al conservadurismo español de una cierta renovación ideológica. Pionero en este proceso fue el escritor José Martínez Ruiz, «Azorín», quien, tras su escauceos más o menos anarquistas, había dado su adhesión

²⁵ «El nacionalisme catalá i L'Action Française», en *Monitor*, núm. 2, 1/11, 1921. J. V. FOIX y Josep CARBONELL, *Revolució Catalanista*, Barcelona, 1934.

²⁶ «El nacionalisme catalá i L'Action Française», en *Butlletí de Juventut Nacionaliste de Catalllnya*, núm. 4, 1921, pp. 5 ss. Josep PLA, «Maurras», en *Coses vistes*, Barcelona, 1925, pp. 249 ss.; *Obra Completa*, Vol. IV, *Sobre París i França*, Barcelona, 1967, pp. 568; *Santiago RUSSELL y su época*, Barcelona, 1989, pp. 9 ss.

²⁷ Josep María JUNOY, *Conferencies de combat, 1919-1923*, Barcelona, 1923, pp. 27, 66-67, 70; «Al marge de la política i l'estetica de Charles Maurras», en *Revista de Catalllnya*, núm. 21, març 1926, pp. 269, 277 ss.

al conservadurismo de Maura y La Cierva. El alicantino había llegado a la conclusión de que la «regeneración» que la sociedad española necesitaba sólo podría llevarse a cabo mediante una política autoritaria a cargo de los conservadores. Pero ello era inseparable, al mismo tiempo, de un auténtico proyecto ideológico conservador. La derecha española había perdido, desde la muerte de Cánovas, el favor de los intelectuales, hundiéndose en un pragmatismo sin horizontes ajeno a los temas de alta cultura. En ese sentido, el conservadurismo español debía buscar ejemplo en el francés, con Maurras y Barrés a la cabeza. En consecuencia, la derecha española debía articular un auténtico proyecto conservador, que abarcara, no sólo el factor político, sino el cultural y sociológico. Su base estaría en la sociología comtiana; su estética, clasicista; y en economía defendería las estructuras agrarias de producción. Además, el régimen político debía evolucionar en sentido autoritario, erradicando el sufragio universal, el parlamentarismo y el juicio por jurado²⁸. Como Maurras, «Azorín» abominaba del romanticismo, sobre todo del español, al que acusaba de falta de profundidad, de incoherencia, de extravagancia. En concreto, Larra era un escritor vacío, arrogante y jactancioso²⁹. Al estallar la Gran Guerra, el alicantino viajó como corresponsal del diario *ABE* a París, recogiendo sus impresiones sobre el desarrollo de la contienda. Y en la capital francesa entró en contacto con miembros de *L'Action Française*. El grupo maurrasiano le parecía la organización más completa, disciplinada y lógica de la derecha francesa; mientras que Maurras — a quien conoció en los locales del diario — no sólo podía ser considerado un gran escritor político, sino «un admirable artista literario»³⁰.

Otro escritor español influido por Maurras fue José María de Salaverría, quien descubrió *L'Action Française* a lo largo de su etapa de corresponsal en París durante la Gran Guerra. Las reflexiones de Salaverría era similares a las de «Azorín»: la derecha española había perdido el favor de los intelectuales y debía seguir el ejemplo francés. La influencia maurrasiana en el escritor vasco es visible, en primer lugar, en su crítica del romanticismo, representado, a su juicio, por los escritores

²⁸ «Azorín», *Un discurso de La Cierva*, Madrid, 1914, pp. 87-88, 148-149, 156-158 ss.

²⁹ «Azorín», *Rivas y Larra*, Madrid, 1975; *Clásicos y modernos*, Buenos Aires, 1971.

³⁰ «Azorín», *Entre España y Francia (páginas de un francófilo)*, Barcelona, 1916, pp. 151 ss.; *Con bandera de Francia*, Madrid, 1950, pp. 124 ss.

noventayochistas, germen de individualismo anárquico propagador de posturas antipatrióticas, antimilitaristas y derrotistas: «Tenían el vicio de la revolución como huenos románticos que eran». Pero no es menos palpable esta influencia en su idea de nación: «Todo lo que tienes, muchacho, pertenece a tu Patria; todo lo que eres se lo dehes a ella. El idioma, la educación, los rasgos físicos, el traje que vistes, el aire que respiras». Frente al negativismo noventayochista se imponía imhuir a la juventud de un filosofía vitalista, patriótica, optimista; de una fe nueva en las posihilidades de la nación española: «España te impone el deher de continuar su historia, de defenderla y engrandecerla»³¹.

Ramiro de Maeztu recibió indirectamente la influencia de Maurras, durante su estancia en Gran Bretaña, a través de su amigo el filósofo Thomas Ernest Hulme, sobre todo su crítica al romanticismo como fruto de individualismo anárquico. Ello es perceptible en su defensa del «clasicismo cristiano» que el escritor vasco desarrolló en su obra *La crisis del humanismo*, donde propugnaba el abandono del individualismo y la edificación de un Estado corporativo y autoritario. La crítica al romanticismo y la defensa del clasicismo fue, desde entonces, permanente en los escritos de Maeztu³².

A un nivel más literario que político, el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo —director de la revista madrileña *Cosmopolis* y hombre próximo al dictador Estrada Cabrera— contribuyó, con sus artículos y crónicas parisinas, al conocimiento de la estética clasicista de Jean Moréas y, sobre todo, de Maurras, a quien había conocido en la capital francesa. Maurras representaba, para el guatemalteco, «un tradicionalismo sano, robusto, hecho para vivificar, no sólo los sistemas de gobierno, sino también el arte y el pensamiento»³³.

El grupo político más influido por la dialéctica maurrasiana fue el maurismo. De hecho, Maurras apoyó a Maura, desde las páginas de *ActiO/L Fraru,aise*, con motivo de los sucesos de la «Semana Trágica»

³¹ «El luchador pertinaz», *ABC*, Sevilla, 18 de mayo de 1938; «Doctrina conservadora», *ABC*, 9 de diciembre de 1916. José María SALLVERRÍA, *La afirmación española*, Barcelona, 1917, pp. 40 ss.; *El muchacho español*, Madrid, 1917, pp. 48, 126 ss.

³² Thomas ERNEST HULME, *Especulaciones. Ensayos sobre humanismo y filosofía del arte*, México, 1979. Allan R. JONES, *The Life and Opinions of T. E. Hulme*, Londres, 1960. Ramiro DE MAEZTU, *La crisis del humanismo*, Barcelona, 1911; *non Quijote, Don Juan y la Celestina*, Madrid, 1975; *La letras y la vida en la España de entreguerras*, Madrid, 1958; *La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica*, Madrid, 1932.

³³ «Crónicas de París. Charles Maurras», *El Liberal*, 15 de noviembre de 1917. Enrique GÓMEZ CARRILLO, *La miseria de Madrid*, Gijón, 1998; *Grecia*, Madrid, 1908.

y su posterior caída. El francés solía enviar al líder conservador sus obras con afectuosas dedicatorias. Maurras tuvo relación con uno de sus más activos partidarios, Pierre Gilbert, muerto en la Gran Guerra; y apoyó a Maurras cuando éste fue procesado en 1913³⁴.

El maurista más influido por Maurras fue Antonio Goicoechea, jefe de las Juventudes Mauristas. Para él, *L'Action Française* era un grupo intelectual «digno de toda admiración, por su decisión patriótica, por su valor colectivo y personal, por su sereno y fino espíritu literario». Maurras había destrozado el edificio ideológico de la Revolución francesa, a través de su reinterpretación vitalista el positivismo comteano. La sociedad era un organismo que se regía necesariamente por las leyes inmanentes de jerarquía, selección, continuidad y herencia. Goicoechea seguía igualmente al padre del nacionalismo integral en su crítica al romanticismo, en el que veía «la forma más clara y el camino más expedito de acción del pensamiento revolucionario»³⁵.

La influencia maurrasiana estuvo presente igualmente en algunos ideólogos del carlismo, como Víctor Pradera y Salvador Minguijón. Pradera, que estaba suscrito a *L'Action Française*, recogía en sus escritos las ideas de Maurras sobre la descentralización regional y la Monarquía. Consideraba al francés como «uno de los grandes cerebros del mundo». Sin embargo, no aceptaba su perspectiva secular. La base de toda su construcción ideológica seguía siendo la «revelación» divina y su autor preferido, Tomás de Aquino³⁶. Minguijón veía en *L'Action Française* un ejemplo a seguir de cara a la organización de un auténtico movimiento contrarrevolucionario. En sus obras, citaba continuamente a ideólogos afines a Maurras como La Tour du Pin, Barrés, Bourget, Daudet, etc. Sin embargo, como en el caso de Pradera, criticaba su inmanentismo positivista, cuya significación última era «poner por encima de todo la constatación»³⁷.

El exilio madrileño del escritor portugués Antonio Sardinha, líder intelectual del maurrasiano Integralismo Lusitano, contribuyó igualmente

³⁴ Archivo Antonio Maura (Madrid). Legajo 378.

³⁵ ANTONIO GOICOECHEA, *El problema de las limitaciones de la soberanía en el Derecho público contemporáneo*, Madrid, 1923, pp. 218; *La crisis del constitucionalismo moderno*, Madrid, 1925, pp. 36 ss.; *Horas de ocio (Discursos y artículos literarios)*, Madrid, 1925, pp. 40 ss.

³⁶ VÍCTOR PRADERA, *Obras Completas*, t. I, Madrid, 1945, pp. 324 ss.; *El Estado nuevo*, Madrid, 1935, pp. 35 ss.

³⁷ SALVADOR MINGUIJÓN, *La crisis del Tradicionalismo*, Zaragoza, 1914, pp. 22 Y 24; *Al servicio de la Tradición*, Madrid, 1930, pp. 57 ss.

a un mejor conocimiento de Maurras en la alta sociedad madrileña; y, al mismo tiempo, desarrolló su concepto de «alianza peninsular». Sardinha colaboró en revistas como *Raza Española* y en diarios como *El Debate*. Además, entabló amistad con Gabriel Maura, Blanca de los Ríos, Maeztu, Salaverría, el Marqués de Lozoya y, sobre todo, con el Conde de Santibáñez del Río -futuro fundador de *Acción Española*-, quien publicó el libro *Portugal y el hispanismo*, en el que se exponía el ideario y la historia del movimiento portugués³⁸.

C) *Maurras en Vascongadas: La «Escuela Romana del Pirineo»*. Maurras vino al País Vasco de la mano de Eugenio D'Ors. Tributarios de su pensamiento fueron, entre otros, Ramón de Basterra, Rafael Sánchez Mazas, Pedro Murlane Michelena o José Félix de Lequerica, en los que el pensador catalán vio una nueva promoción «noucentista» frente a los «obsesos de Euzkadi»³⁹. Este grupo intelectual recibió la denominación, en consonancia con aquella influencia, de *Escuela Romana del Pirineo*; y era asiduo de la célebre tertulia del café Lyon D'Or de Bilbao, cuyo animador cultural era Pedro de Eguillor, y a la que, además de los mencionados, solían asistir Salaverría, Enrique de Areilza -y su hijo José María-, Gregorio Balparda, Maeztu y el propio D'Ors⁴⁰. El filósofo catalán y la mayoría de sus admiradores vascos colaboraron en la revista bilbaína *Hermes*. El pensador más emblemático fue Ramón de Basterra, diplomático, ensayista y poeta. Como D'Ors, Basterra fue defensor de una nueva forma de despotismo ilustrado, el «carlotercismo», que contraponía al sistema liberal; y cuyo continuador debía ser Alfonso XIII. Al mismo tiempo, exaltó la obra de Trajano, como gobernante «latino» civilizador de Rumanía. Sus ideas estéticas debían mucho a D'Ors y Maurras, en particular su valoración del clasicismo frente al romanticismo. En su obra poética creó el personaje de Virulo, héroe obsesionado por el ímpetu de la acción y fascinado por la creación de grandiosos proyectos, como el Imperio de la «Sobreespaña»¹¹.

³⁸ CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO, *Portugal y el hispanismo*, Madrid, 1920, pp. 13 ss. Ver también Juan BENEYTO, *Antonio Sardinha y la cuestión peninsular*, Valencia, 1927.

³⁹ Eugenio D'ORS, «Dos generaciones en Vizcaya», en *Nuevo Glosario*, t. I, Madrid, 1947, pp. 783.

⁴⁰ José María DE AREILZA, «Pedro de Eguillor», en *Así los he visto*, Barcelona, 1974.

¹¹ Ramón DE BASTERRA, *El árbol de la ciencia*, Bilbao, 1924, pp. 14-29; *La obra de Trajano*, Madrid, 1923; *Los navíos de la Ilustración. Una empresa del siglo XVIII*, Madrid, 1970, pp. 21-22 ss.; *Virulo*, Bilbao, 1924, pp. 5 ss. Ver también Guillermo

Rafael Sánchez Mazas -futuro falangista y colaborador de *Acción Española*— consideraba a Maurras «el pensador más interesante de Europa». Su prosa clasicista delata la influencia del escritor galo. Como corresponsal de *ABC*, Sánchez Mazas tuvo ocasión de presenciar la subida al poder del fascismo, que interpretó, a semejanza de Maurras, como un «retorno necesario al mundo elemental político, al mundo elemental de la autoridad, la unidad, el poder y la jerarquía»¹².

De la misma forma, el periodista Pedro Moulane Michelena se sintió seducido por el clasicismo de D'Ors y Maurras. En su primer libro, *El discurso de las armas y las letras*, Moulane no menciona ni al español ni al francés, pero defiende apasionadamente el clasicismo, el latinismo y el imperialismo romano frente al germanismo. Clasicismo era sinónimo, para él, de razón, inteligencia y claridad. Posteriormente, Moulane definió a Maurras como un pragmático, cuyas ideas políticas tenían sus orígenes en Maquiavelo¹³.

Ya en la Dictadura, José Félix de Lequerica clamaba en la prensa bilbaína y luego en su libro *Soldados y políticos*, por la organización de una escuela de pensamiento reaccionario semejante a *L'Action Française* o al Integralismo Lusitano, de cara a la consolidación política del Estado autoritario¹⁴. Y es que resulta preciso no exagerar la influencia de estas ideas en el conjunto de la derecha española. Así lo reconocía el periodista Álvaro Alcalá Galiano -futuro colaborador de *Acción Española*— cuando afirmaba que al español de derechas le bastaba saber que contaba con campeones como Balmes, Menéndez Pelayo, Alarcón o Pereda, cuyas obras podía leer «sin caer en el pecado»¹⁵.

La condena papal de *L'Action Française* no ayudó, desde luego, a una mayor difusión en España del nacionalismo integral. El catolicismo español cerró filas en apoyo al Vaticano. Moulane y su grupo sólo fueron defendidos por el ya citado Alcalá Galiano, quien acusó al Vaticano de haber sacrificado a uno de sus grandes defensores intelectuales para congraciarse con la III República. Los sectores democristianos

DÍAZ PLATA, *La poesía y el j'Us//Miello de Rallón de Bastera*. Barcelona, 1941. CARLOS AREÁN, *Ramón de Bastera*. Madrid, 1950.

¹² «La crisis del fascismo», en *ABC*, 16 de julio de 1923; «Retrato de Mussolini», en *ABC*, 15 de febrero de 1923.

¹³ PEDRO MOULANE MICHELENA, *El discurso de las armas y las letras*. Bilbao, 1915, pp. 44 ss.; «Genealogía de Carlos Maurras», *El Liberal*, 5 de julio de 1927.

¹⁴ JOSÉ FÉLIX DE LEQUERICA, *Soldados y políticos*. Bilbao, 1928, pp. 32-33 ss.

¹⁵ «Intelectuales reaccionarios», *ABC*, 25 de enero de 1923.

celebraron la condena de «un incrédulo de pies a cabeza, que ha blasfemado de Cristo y no cree siquiera en Dios». El sacerdote catalán Caries Carló veía en Maurras al «Rousseau de la derecha», por su esteticismo paganizante. Los integristas lo compararon con el Bismarck de la Kulturkampf. *El Debate* alabó a Maurras por sus críticas al modernismo, al romanticismo y al liberalismo, pero justificó su condena por su agnosticismo y su nacionalismo exasperado. Y lo mismo expresó *La Ciencia Tomista*, para quien Maurras era «una clara inteligencia» mutilada por su falta de convicciones religiosas ¹⁶.

En cualquier caso, aquella condena, como luego se vería en la II República, con el surgimiento de *Acción Española*, supuso un serio contratiempo para la consolidación de la influencia maurrasiana en nuestro suelo ¹⁷.

III. La ola germanófila: revolución conservadora y pesimismo cultural en España

Tras la Gran Guerra, el grueso de la intelectualidad española volvió su mirada hacia Alemania. En palabras del escritor Francisco Ayala, «Alemania se consideraba de un valor formativo análogo al que el tuvo en el Renacimiento el viaje a Italia, y era requisito casi indispensable para adquirir la respetabilidad académica a que, entre nosotros, estaba vinculada la obtención de cátedras universitarias» ¹⁸. Por otra parte, la influencia de Nietzsche había sido, desde comienzos de siglo, muy intensa entre los intelectuales españoles ¹⁹.

En este giro germanófilo de la cultura española tuvo un papel determinante la figura de José Ortega y Gasset. El filósofo madrileño fue un hombre de formación francesa y, a la vez, alemana. En su juventud,

¹⁶ «Acción Francesa y el Vaticano», *ABC*, 20 de enero de 1927; «Inexactitudes de un artículo lamentable», *Renovación Social*, núm. 56, 15 de febrero de 1927; «L'Es-glésia i L'Action Française», (en *Paraula Cristiana*, núm. 24, diciembre 1926; *El Siglo Futuro*, 10 de enero de 1927, 10 de marzo de 1927; *El Debate*, 10 de noviembre de 1926, 14 de enero de 1927; *La Ciencia Tomista*, núm. 105, mayo-junio 1927, pp. 250).

¹⁷ *Vid.* Pedro Carlos GONZÁLEZ CUERVA, *Acción Española. Teología política y nacionalismo en España (1913-1936)*, Madrid, 1998.

¹⁸ Francisco AYALA, *España y el cultum germánico. España en el siglo XX*, México, 1968, pp. 14.

¹⁹ Gonzalo SOBRIANO, *Nietzsche en España*, Madrid, 1967.

no regateó su admiración por Renan y Barrés, pero desdeñó a Maurras, cuyos planteamientos le parecieron «típicos ornamentales, críticas caprichosas y vagos proyectos»⁵⁰. Aunque políticamente siempre fue un liberal-conservador, Ortega no escapó a la influencia de las nuevas ideas radicales que se abrían paso en Alemania y contribuyó decisivamente a difundirlas entre los intelectuales españoles. Su crítica del positivismo, su permanente nietzscheanismo, su vitalismo, su elitismo le aproximaron a los representantes de la *revolución conservadora*. De hecho, fue Ortega el intelectual español que más entusiásticamente recibió *La decadencia de Occidente*, de Spengler, traducida al español por su fiel Manuel García Morente para Espasa-Calpe, y prologada por él mismo en 1923. A su juicio, la obra de Spengler era «sin disputa, la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años», nacida de «profundas necesidades intelectuales y formula pensamientos que latían en el seno de nuestra época»⁵¹. Buena prueba de la influencia que sobre su obra ejerció el nuevo conservadurismo alemán fue su célebre e influyente *España invertebrada*, en donde aparece la concepción cíclica de la historia —épocas Kítra y épocas Kali—, la crítica vitalista al racionalismo, la valoración de la fuerza como signo de vitalidad histórica, la reivindicación del espíritu guerrero medieval frente al evolucionismo spenceriano y a los valores burgueses, la crítica a la modernidad, el elitismo aristocrático y las referencias elogiosas al pasado preindustrial. No menos evidente resulta esta influencia en *La rebelión de las masas*, donde Ortega sigue a Spengler en su análisis de las «aglomeraciones» urbanas, entre otros temas⁵².

Otra importante influencia germana en Ortega es la del biólogo Jacob von Uexkull, cuyos planteamientos le servirán como fundamento de su vitalismo. El filósofo madrileño propició, como había hecho con Spengler, la traducción de algunas obras de Uexkull en la editorial Revista de Occidente, como *Ideas para una concepción biológica del mundo*, publicada en 1922; y *Cartas biológicas a una dama*, en 1925. No fueron las únicas traducciones de autores adscritos a la *revolución conservadora* auspiciados por Ortega. Spengler fue de nuevo traducido

⁵⁰ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, t. X. *Escritos políticos. I (1908-1921)*. Madrid, 1969, pp. 210-211.

⁵¹ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, Prólogo a *La decadencia de Occidente*, de Oswald SPENGLER, t. 1, Madrid, 1923, pp. 12-13.

⁵² JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *España invertebrada*, Madrid, 1921; *La rebelión de las masas*, Madrid, 1930.

y publicado por Espasa-Calpe, ya en la República, con dos obras: *Años decisivos* y *El hombre y la técnica*. De Max Scheller se publicó, en Revista de Occidente, *El resentimiento en la moral* y *El saber y la cultura*. En la misma editorial, se tradujo la obra de Othmar Spann, *Filosofía de la sociedad*, al igual que *Elementos de la política*, del romántico antiliberal Adam Müller. De Werner Somhart, cuyas ideas sirvieron a Ortega para criticar al materialismo histórico, se publicó *Lujo y capitalismo*, y un artículo, «El porvenir del capitalismo». De Carl Schmitt se tradujeron, para Revista de Occidente, dos artículos: «El proceso de neutralización de la cultura», traducido por el propio Ortega, y «Hacia el Estado total»⁵³.

No fue Ortega el único intelectual español interesado por Spengler. Ramón de Basterra dedicó al pensador alemán una conferencia en Bilbao, donde alabó su visión cíclica de la historia frente a la «interpretación pueril y trasnochada» de los progresistas. En otra conferencia, le comparó a Menéndez Pelayo, a quien llamará «el Spengler español». «Spengler es el polígrafo bávaro, cuya alma se acerca al laboratorio, a los datos de los hallazgos reales, y Menéndez Pelayo, por profesar un credo o dogma, es el polígrafo del humanismo cristiano»⁵⁴.

No fue tan favorable a Spengler su maestro Eugenio D'Ors. El filósofo catalán era, como el alemán, partidario de la visión cíclica de la historia. Una de las misiones de la filosofía era redimir a la historia de «la tiranía de lo contingente», emanciparla del tiempo, descubrir sus elementos absolutos, los que permiten ver su sentido y elaborar los paralelos y las síntesis. Esta trama profunda es lo que llamaba «Metahistoria» y que está compuesta por «eones» o «constantes», que son a los hechos algo así como las especies a los individuos. Pertrechado del concepto de «eón», D'Ors sometió a una criba el pasado de la humanidad y obtuvo una serie de parejas de constantes o categorías: lo Femenino y lo Viril; lo Clásico y lo Barroco; Roma o la unidad del género humano, y Babel, o los cismas; el Ecúmeno, o sede de la Cultura, y el Exótero, o periferia en colonización. En contraste, D'Ors rechazó la visión spengleriana de la pluralidad de culturas destinadas a un necesario ocaso. Spengler era un romántico, un relativista, «un Houston Stewart Chamberlain disfrazado», cuya amargura por la derrota de su país en la Gran Guerra le hacía presagiar el final de la cultura occidental. Para D'Ors no había «culturas», sino Cultura, la clásica grecolatina. «Una

⁵³ *Revista de Occidente*, enero-febrero-marzo 1930, y abril-mayo-junio 1931.

⁵⁴ *El Pueblo Vasco*, 31 de octubre de 1923, 20 de enero de 1924.

«Cultura», muchas «civilizaciones»: así lo quiere, triunfante al fin, el principio jerárquico»⁵⁵.

Ramiro de Maeztu quedó muy impresionado por *La decadencia de Occidente*. Y el 7 de noviembre de 1923 dedicó a Spengler una conferencia en Sevilla, luego publicada en *El Sol*, diario en el que el filósofo alemán había sido entrevistado por Julio Álvarez del Vayo. Creía el pensador vasco que la obra de Spengler había «determinado un movimiento tan intenso en ciencias del espíritu como la teoría de Einstein en las de la naturaleza». Pero rechazaba la visión spengleriana de la morfología de las culturas (como un todo orgánico, autóctono, imbuido de su propio destino. Igualmente discrepaba de la tesis del ocaso final de la cultura occidental. La crisis no era «vital», sino espiritual. No obstante, seducía a Maeztu la tesis de una nueva religiosidad y del advenimiento del cesarismo; pero negaba que fuesen síntomas de decadencia. Muy al contrario, (como lo demostraba la labor del Directorio militar español, se trataba de un claro intento de vertebrar, a nivel espiritual y material, una sociedad en crisis, pero susceptible de vertebración. No fue la última vez que Maeztu se ocupó de Spengler. Ya en la II República, el Maeztu de *Acción Española* reprochó al alemán el no haber entendido el significado de la Hispanidad en la historia universal. El descubrimiento de América y la evangelización de sus habitantes acabaron para siempre con la posibilidad de existencia de culturas diversas e incommunicables, creando, de hecho, la unidad del género humano⁵⁶.

Igualmente se enfrentó Maeztu con la interpretación schmittiana de Donoso Cortés. El decisionismo donosiano no era creador ni definidor del orden, como Schmitt creía, sino que «tenemos que decidírnos entre establecer y cumplir el derecho de con(ul)carlo». Maeztu estimaba que la «decisión» no es de una época, ni de un grupo generacional, sino de todas, aunque la disyuntiva no era tan cruda en unos tiempos como en otros. En aquellos momentos febriles, era preciso escoger, como había anticipado Donoso, entre el socialismo y el catolicismo. Como es lógico, Maeztu no podía creer en el decisionismo ex nihilo, dado

⁵⁵ Eugenio D'Ors, *La Ciencia de lo Cívico*, Madrid, 1964, pp. 57-58 ss.

⁵⁶ Ramiro DE MAEZTU, «Spengler o la decadencia de Occidente», en *Las letras y la vida en la España de entreguerras*, Madrid, 1958, pp. 264 ss.; «Oswald Spengler, símbolo de la modernidad», en *La Prensa*, Buenos Aires, 28 de jllllo de 1936; *Las letras...*, pp. 258 ss.

que existían verdades eternas que no permitían al hombre moverse en el vacío nihilista⁵⁷.

Pero el más entusiasta introductor de Carl Schmitt en España —cuyas obras *La Defensa de la Constitución* y *Teoría de la Constitución* fueron traducidas al español en los años treinta— resultó ser Eugenio D'Ors, quien conoció al germano durante la Asamblea de la Unión para la Cooperación Cultural, en Barcelona, en octubre de 1929. D'Ors presentó a Schmitt como un profundo conocedor de Donoso, de «lo mejor del pensamiento latino» y como un «escritor vigorosamente católico». El filósofo catalán no sólo celebró su interpretación y actualización de Donoso, sino la disección de la mentalidad romántica que subyacía en su *Polistische Romantik*, al que calificaba de «libro admirable». Hottlantismo equivalía a «liberalismo», relativismo oportunista. De la misma forma, recomendaba al público español la lectura de su *Defensa de la Constitución* y de *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, necesaria para «la revisión de la cuestión parlamentaria» y destructora de «la confusión, el absurdo de ciertas convenciones sobre las cuales descansa aún, alegre y confiada, la democrática rutina». En definitiva, para D'Ors, la derecha española no podía ensayar una auténtica «política de autoridad» sin nutrirse de la lectura de Schmitt y de la «relectura de Juan Donoso Cortés»⁵⁸.

El mensaje schmittiano fue escuchado igualmente por jóvenes estudiosos del derecho político como Francisco Javier Conde, Luis Legaz Lacambra, Juan Beneyto, Luis del Valle y otros. Cosa que, ya en la II República, no dejó de alarmar a los representantes del liberalismo que, como Eugenio Imaz, denunciaron el «sarampión schmittiano que cunde entre los jóvenes pensionados españoles» de la Junta de Ampliación de Estudios⁵⁹. El ocaso de la II República y el advenimiento del régimen de Franco no dejó de darle la razón en esos temores.

⁵⁷ «El espíritu y la decisión», en *Acción Española*, núm. 33, marzo de 1936, pp. 535 ss.; «La ley de Europa», en *ABC*, 13 de marzo de 1936.

⁵⁸ «Carl Schmitt y la política romántica», en *Criterill*, núm. 145, 11 de diciembre de 1930; «Glosas a Donoso Cortés», en *Criterill*, núm. 49, 7 de febrero de 1929; «Ideas de Carl Schmitt» en *Nuevo Glosario*, t. II, Madrid, 1947, pp. 573 ss.; «Karl Schmitt», en *Nuevo Glosario*, t. III, Madrid, 1949, pp. 535 ss.; «El Romanticismo político», en *Nuevo Glosario*, t. II, Madrid, 1947, pp. 575; «Nomina», en *Nuevo Glosario*, t. II, Madrid, 1947, pp. 55 ss.; «La defensa de la Constitución», *cuonj. cit.*, pp. 917 ss.; «En Maillane», *Nuevo Glosario*, t. II, pp. 152 ss.

⁵⁹ «Las cosas claras. La decisión de Donoso», en *Cruz y Raya*, núm. 35, febrero de 1936.